****

OBISPO DE CARTAGENA

**MISA CRISMAL 2025**

Santa Iglesia Catedral de Murcia

Hermano en el episcopado.

Queridos hermanos sacerdotes, religiosos y religiosas.

Os saludo a todos vosotros seminaristas.

Mi gratitud a los que trabajáis en esta Iglesia por amor a Jesucristo.

Desde la Diócesis de Cartagena, expresamos nuestra comunión con todas las Iglesias de España y agradecemos a TRECE TV y Popular TV el servicio de acercar a los mayores y enfermos a la Eucaristía.

La paz con todos vosotros hermanos y hermanas.

En la celebración de la Santa Misa Crismal los sacerdotes de la Diócesis han venido a concelebrar conmigo esta Eucaristía, manifestando otro año más la comunión del presbiterio con su obispo, a renovar sus promesas sacerdotales y a la bendición de los santos óleos. Os ruego que recéis por ellos cada día y queredlos, como ellos os quieren. Este es uno de los momentos más hermosos del año, es el signo de comunión más visible, al que aspiramos potenciar con nuestras alegrías y penas, con nuestras luces y sombras, con mucha o poca salud, con la fortaleza de la fe y con nuestras debilidades, pero aquí estamos todos los que tú, Señor, llamaste. En este templo Catedral de Murcia nos hemos reunido el presbiterio de la Diócesis de Cartagena, aunque nos faltan algunos, los que han pasado de este mundo al seno del Padre durante este año y rezamos por su descanso eterno: D. Miguel Pérez Fernández y D. Francisco Montesinos Pérez-Chirinos. También se incorporaron al presbiterio diocesano los jóvenes sacerdotes: D. Enmanuele Iotti, D. José Miguel Jiménez Atienza y D. Gonzalo Portillo Rodríguez.

En la Iglesia estamos viviendo momentos de gracia en estos últimos años, especialmente porque hemos sido llamados por el Santo Padre, el Papa Francisco, a reflexionar, a actualizar y a vivir la comunión, la participación y la misión acompañando a todos los hermanos para llevar el mensaje evangélico a todas las gentes. ¿Quién no ha escuchado en este tiempo que nuestra tarea debe ser en sinodalidad? Quiero destacar la labor eficaz y el regalo tan inmenso para esta Iglesia particular del Consejo Diocesano de Pastoral en su responsabilidad durante el último Encuentro Diocesano de Laicos. A vivir la comunión y la sinodalidad estamos siendo convocados, a abrir las puertas de nuestro corazón, de nuestras comunidades parroquiales, de nuestra Diócesis y de la Iglesia, para que todo el mundo conozca el tesoro de gracia y de misericordia que nos ofrece el Padre Dios y que nos hace sentirnos más hermanos, más en familia… No son tiempos de encerrarse, sino de salir a ofrecer lo mejor que tiene la Iglesia, su capacidad de amar, de perdonar, de servir, especialmente a los que se sienten incapaces de remontar, de levantarse de sus miserias y de los que han perdido la esperanza. Sí, es verdad que no estamos viviendo un optimismo fugaz o vacío, porque tenemos la seguridad de la fuerza del Espíritu y la sabiduría de la Palabra de Dios, para que podamos celebrar la fe y la caridad.

Seguimos estando llamados a los caminos del mundo para anunciar la necesidad de conocer la Buena Noticia, el amor y la misericordia de quien nos está dando la vida, permaneciendo en el corazón de Cristo. Débiles y frágiles, sí, pero nuestra confianza no está en nuestros músculos, sino en la fe, la esperanza y la caridad que nos regala Dios a todos, a los de cerca y a los de lejos, a todos, a buenos y malos. Lo que se nos está pidiendo es que abramos los oídos, los ojos y los brazos para escuchar, ver y acoger, no para condenar a nadie. Es cierto que cada día tenemos más dificultades, que faltan sacerdotes para tantas realidades de servicio en la Diócesis, que la muerte de algunos curas y las enfermedades de otros hacen más difícil poder atender todas las demandas. Por otra parte, también estamos atentos y en guardia frente a la tentación contagiosa del «cuanto menos mejor» o «pocas complicaciones, yo tengo ya bastante con lo mío». Esta seducción es grave, porque nos impide cumplir la tarea para la que consagramos nuestra vida, con la alegría de saber que somos sacerdotes hasta la muerte, pero siempre en el servicio.

Frente al dolor y el sufrimiento de la gente tenemos que crecer en la experiencia de Jesús camino del Calvario y cargado con la cruz, que la mejor medicina para esas dificultades de la humanidad es siempre la compasión, la cercanía, tender la mano, escuchar al hermano, multiplicar tus actividades de servicio… ¿Qué hacemos cuando nos falta la compasión, cuando nos quedamos al margen para no complicar nuestras vidas, cuando nos hemos dejado llevar del cansancio o la inacción? En estas cosas también trabaja el demonio y lo hace muy bien, porque nos ayuda a justificar nuestras faltas de compromiso… Esta enfermedad solo tiene cura, cuando nos ponemos en pie, a la escucha de Dios, a la escucha del santo pueblo de Dios y escuchamos sus lamentos. La Sagrada Escritura nos enseña cómo reacciona inmediatamente Dios y cómo sale al encuentro del que le está llamando con inmediatez. ¿Me puedo yo permitir el lujo de cerrar mis oídos, de pasar de largo? Quizás las palabras: compromiso, compasión, entrega, donación, vida o «hasta la muerte» están desapareciendo de nuestros personales diccionarios. Entonces es cuando podemos llegar tarde a lo que nos está pidiendo Dios.

Hoy vamos a bendecir los santos óleos y esta celebración también nos está llevando a pensar en los hermanos que se incorporarán a la Iglesia en el Bautismo, en los hermanos enfermos para que puedan sentir la fuerza de Dios en medio de sus enfermedades, en sus dolores o por el peso de los años... Esta celebración es también una llamada al compromiso, a recordar a todos los que recibirán la fuerza de la gracia de Dios. Los óleos que se derramarán en las manos, cabeza o cuerpo de muchos son exigentes, porque el don viene de Dios, y esto nos vuelve a pedir que salgamos a anunciar la salvación a todos, enfermos, encarcelados, pequeños y grandes, ilusionados o deprimidos; a los que viven en soledad, a los que sienten que les pueden sus miserias… a muchos.

Hermanos sacerdotes, con la virtud de la esperanza en este Año Jubilar, el Señor ya nos está abriendo el horizonte, nos está abriendo puertas y nos muestra el camino para seguir anunciando el tesoro de gracia del que somos portadores. Es como si volviera a repetirse la batalla de David contra Goliat, la victoria de lo débil contra lo que parece más poderoso, como son las múltiples influencias poderosas y negativas que nos trae el mundo. Así que es preciso reavivar y actualizar nuestra condición de ministros de Dios, debemos contrastarlo a la luz de Dios, revisar incluso nuestro carácter, porque vamos a la tarea en nombre del Señor, y por esa razón se nos exigirá la alegría, la paz, los mejores sentimientos de respeto y consideración para los que nos encontremos en la vida.

Estamos llamados a ser sembradores de esperanza, porque nuestra palabra anuncia sólidamente las verdades divinas necesarias para la salvación. La esperanza, como el amor, es una de las más sencillas y primordiales disposiciones de la persona, nos encamina hacia aquello que nos perfecciona, hacia todo lo bueno, a nuestros ideales que fueron capaces de mover nuestra vida a la dirección de Dios. La esperanza busca lo bueno que todavía está por venir y cuando se alcanza en el presente lo deseado, la reacción es siempre la alegría. No aspiramos a ideales imposibles, ya que solo es objeto de nuestra esperanza lo que es posible obtener. Meditad delante de Dios para ver si lo que esperamos se parece en algo a los motivos que vimos cuando le dijimos al Señor: aquí estoy para hacer tu voluntad, si lo que esperamos es una opción posible. San Pablo nos pide que «seamos sobrios; revistamos la coraza de la fe y de la caridad, con el yelmo de la esperanza de salvación» (1 Ts 5, 8).

Hermanos, la esperanza corresponde al que camina y le asegura la confianza en Dios; fortalece al creyente para que pueda hacer frente a las dificultades y pruebas espirituales que forman parte de la vida cristiana. Le pido a nuestro Señor en este día tan grande de la Semana Santa, que sepamos mirar a Cristo despacio, con atención, escuchar su voz y, de nuevo, la llamada imperiosa a contemplar que la mies es mucha, que los trabajadores son pocos y a decirte: ¿qué estoy haciendo con mi vida y con la de los demás?

Amén.

+ José Manuel Lorca Planes

Obispo de Cartagena